

2012-2013

XCÈNTRIC

El cinema del CCCB



Domingo 28 de octubre, 18.30 h
Antoni Padrós (II)

Rafael Miret, Dirigido por... Noviembre 1976 Nº 38

Confieso que escribir sobre *Shirley Temple Story* me desconcierta. O por lo menos se me hace tan difícil cómo intentar explicar un rompecabezas, cuyas piezas descoyuntadas parecen imposibles de encajar por más que luego, una vez ordenadas, muestre una imagen coherente y racional. Aunque a lo que más se parece el último Padrós es a ese "Juego de la Oca" que acostumbra a estar en el reverso del parchís, y que consiste en ir avanzando unas fichas, casilla tras casilla (la cárcel, el puente, los dados, la muerte...), hasta el estanque central. También Shirley Temple, la "adorable" niña prodigio de los años treinta, al enterarse que el papel principal de *El mago de Oz* va a ser interpretado por la debutante Judy Garland – noticia que difunde por la radio una Louela Parsons que confía muy poco en el porvenir de un tal Orson Welles-, irá avanzando (¿avanzando?) de historia en historia hasta conseguir entrevistarse con el mismísimo mago de Oz, a fin de reclamarle el codiciado papel.

Convenientemente acompañada por las señoras Pit, Pot y Put, de la Asociación de Hijas de Generales de Filadelfia; por tres jóvenes revolucionarios, poetas y anarco-estructuralistas (si es que la estructura y la anarquía tiene algún punto en común), portadores del inefable decorado que requiere la rutilante presencia de la niña-estrella; y de las insinuaciones de una infiltrada – y algo lésbica – hada del Este, la narración del trayecto hacia el reino del mago servirá para la construcción de una alucinante mosaico, menos caótico de lo que a primera vista pueda parecer, donde se fundirán y confundirán las realidades físicas y presiones ideológicas de una comunidad – y de una determinada generación dentro de la misma – bastante más inmediata de lo que la localización geográfica y temporal sugieren.

HOMENAJE-SABOTAJE

Qué duda cabe de *Shirley Temple Story* se articula a partir de la imaginería propuesta por el cine yanqui. Pero, al revés de lo que la cinefilia espera, el homenaje se transforma en sabotaje, lo fastuoso en esperpéntico y la fascinación en desencanto. No, ésta no es una historia "solo para amantes de mitos". Al contrario, es una historia que se sirve de ellos para demolerlos, para desenmascarar su tramoya, mostrando el lado más cursi de lo esplendoroso y el lado trágico de lo cursi. Alguien ha dicho con acierto que *Shirley Temple Story* es el anti-"That's Entertainment", su reflejo revulsivo. Es como ver los cables eléctricos ocultos en las flores de plástico de las que solía emerger Esther Williams o asistir a un ensayo sudoroso de Busby Berkeley.

En todo caso es la cara oculta del gran sueño americano (estuvo a punto de titularse "An American Dream") que deslumbró y pude que todavía deslumbró a los países con renta per cápita inferior a la media. Un sueño compuesto de secretarías con apartamentos principescos, de jóvenes honradas e idealistas que siempre lograban "abrirse camino" (¡Oh, abuelita Capra!), de tarzanes de guardarropía, señoras Miniver y niñas maravillosas... como Shirley Temple, por ejemplo.

Una mentira, la americana, que no tendría la importancia que realmente tiene si se limitara a una sucesión de fastos de parque de atracciones. Pero los acontecimientos han demostrado que éstos no son más que el brillante envoltorio de una "moral de vida" cuyas consecuencias – con perdón por el tópico – pasan por Corea, Vietnam, la CIA, el colonialismo económico y cultural o las inquietantes bases aéreas de los países "amigos". El mito de la niña de los tirabuzones fue un elemento más de la política tranquilizadora del *New Deal* y, por extensión, forma parte de la imagen optimista y "limpia" que los USA han vendido al mundo durante tantos años. Si *Shirley Temple Story* es un cine para cinéfilos, inaugura un nuevo género: la cinefilia subversiva.

ALL SINGING

Ya se ha apuntado que se trata de un musical. Y, en efecto, son casi una cincuenta los temas que se pueden oír a lo largo del film. Un abanico de músicas que comprende desde la voz de la protagonista - ¡faltaría más! – hasta Wagner, pasando entre otros por Mae West, Rita Hayworth, Montserrat Caballé, Albinoni, Scott Joplin, Mario Lanza, Dick Powell, Bocherini, Alfredo Kaus o Nelson Eddy (los últimos surgen de la garganta de la hada en sus intentos de seducir a la "pequeña coronela"). Músicas que se contradicen, que se oponen, que chocan unas con otras dinamitándose – Albinoni roto por los gorgoritos de la Temple; el "Tango de Amor", de Rafael Medina, finalizando con la bofetada de Gilda – en irónico contrapunto con las imágenes. Del mismo modo, las situaciones reproducen-corroen los clisés de esas películas americanas tantas veces vistas en los cines de barrio. Así, una increíble Mammy Samba despedirá impertérrita e incansable a la "amita" Shirley con fondo musical del Tema de Tara, de Lo que el viento se llevó. O la insólita fiesta a que es invitada la niña y sus acompañantes por el enigmático Mister Voland, y que reproduce quintaesenciados los tipos de las deslumbrantes celebraciones hollywoodenses: el gigoló, la ninfómana, el mafioso, la joven tísica, el cantante de fama, el galán, la suicida..., reunidos en una antológica escena final bailando al compás de "La Traviata".

También existe un juego de alusiones a personajes y films, cuya función autodestructiva se produce al extraerlos del "lugar" para el que fueron concebidos. Como pueden ser el fragmento en off de la discusión de James Dean con su padre, de Rebelde sin causa, seguida entre la indiferencia y el asombro por una Shirley Temple devoradora de popcorns; o el relato "maravilloso y azul" de la "pobre niña rica", explicado-interpretado por ella misma para deleite de sus distinguidas acompañantes, y que iniciándose como la historia de una niña que lo tiene "todo" menos el afecto de sus papás, en constante viaje por el mundo, desde cuyas ciudades más remotas le van enviando muñecas y más muñecas, acaba por convertirse en una práctica onanista frustrada; o, simplemente las poses de "mala", a lo Bette Davis, con que la simpática ricitos suele rematar sus acciones criminales.

PATCHWORK

Shirley Temple Story añade a su carácter calidoscópico una estructuración itinerante muy cercana a la de los films-río, donde multitud de personajes se encuentran y reencuentran en el tiempo y en el espacio hasta concluir en un punto final que cierra las variadas trayectorias. La falsa historia de la embajadora de los EE.UU. en Ghana y actual jefe de protocolo de la Casa Blanca no sigue un único estilo, sino un sistema de referencias a diferentes "escuelas" de confluencia chirriante. De este modo desfilan ante el espectador: el plano-secuencia típico del "cinema nôvo"; la iconografía del musical (en versión desaharrada y corrosiva, se entiende; la descripción suntuosa-viscontiana (valga el apostillado anterior); el expresionismo alemán (secuencias del vampiro Nosferatu); la formulación poética propia de ciertos realizadores nórdicos (la muerte, salida del lago, liberando al "hombre que sufre"); el travelling descriptivo del cine negro (asesinato de Johnny, suicidio de Rose Marie); o la buñueliana-arrabalesca (con "a" mayúscula y minúscula) anécdota de José y María Dos Santos.



Servido todo ello, como es habitual en Padrós, con mucha más imaginación que recursos. A la par que, también como en ocasiones anteriores, vehicula las limitaciones técnicas en función dramática, utilizando de nuevo negativo de sonido para las escenas exteriores; la diferencia óptica del cual aporta sensación de irrealidad a un film que bajo ningún aspecto pide ser "creído". Características que contribuyen a crear un muy peculiar sentido poético. De esa poesía triste que desprende la secuencia del prestidigitador que saca de la chistera una paloma muerta, confesando que "de un tiempo a esta parte el truco no sale bien".

¿SÓLO UN "DIVERTIMIENTO"?

Aunque parezca paradójico, cuanto más falsa es la historia de Shirley más se parece a la del espectador. Cuanto más fabuloso es el sueño más se pone en evidencia el aplastante gris-malva de la vida cotidiana.

Mientras, en un País de Esmeraldas extrañamente familiar, se va desarrollando el enfrentamiento de la Historia Oficial (o la histeria de la Historia) y su correspondiente sistema de valores representados en las señoras Pit, Pot y Put (de malévolas reminiscencias Andrews Sisters), con la "otra" Historia, la real. La que no logrará expresarse por más que no se lo propongan el trío de revolucionarios-poetas-etcétera. Y la lucha, que puede llegar a "helarte el corazón", se mantendrá hasta el final, cuando las tres damas reaparezcan después de muertas para amordazar a los jóvenes en el momento decisivo del encuentro con el mago de Oz, fielmente custodiado por un arcángel ario de insospechadas aptitudes sexuales y un vampiro de apetito sin restricciones.

En el largo camino hacia el País de Esmeralda, la niña mimada de Hollywood perderá la ingenuidad que nunca tuvo, y sin vacilar ante el asesinato, tras haber sido violada (?), drogada, vampirizada, acabará por mostrar su verdadero rostro: el de la caída de los mitos. En su postrera y fugaz entrevista con el gobernante de Oz (por fin lo localiza: apoyado en un piano, con los pies sobre un cajón de coca-cola y escuchando a Jorge Sepúlveda en "Cántame un pasodoble español"), el vampiro-sicario le confirma que nunca podrá interpretar el papel que anhelaba, ofreciéndole en compensación y como recuerdo de su amor un cigarrillo rubio, al tiempo que le aconseja que se vaya a casa, con la mayoría silenciosa, que es donde estará mejor. Y que no se lamenta por el inútil viaje que le ha proporcionado la ocasión de conocer a uno de los más grandes estadistas del mundo occidental.

Pero, al igual que en las cajas chinas, el juego tiene un doble fondo. Y ahora es una Lillian Gish-Cenicienta la que aparece en la pantalla dormida en retrete (¿no ha sido ésta la primera imagen de Shirley?). De nuevo también van reapareciendo los personajes anteriores, sólo que transmutados: el hada madrastra, los jóvenes en hermanastros-leñadores y las recalitrantes Pit, Pot y Put en prostitutas (sí a una de ellas no se la ve, justifican sus compañeras, es porque tienen un cliente). Luego, los neo-leñadores visitarán a las ex-dignas damas y de la ventana vacía sólo surgirá ruido de hachazos, algunos gritos y estridente gruñido de un cerdo. ¿Se tratará de una pesadilla de Shirley o, por el contrario, todo film no ha sido más que el sueño de la Gish-Huerfanita? ¿O es, quizás, una alucinación del espectador, incapaz de distinguir sus propias experiencias de los triunfalismos oficiales?

Padrós, en un texto de autocomentario, califica a la cinta de "malintencionado divertimento". Uno, en cambio, opina que desvelar el engaño cotidiano, la trampa del "éxito" (el viejo truco de la zanahoria y el palo) y la esclerosis honorable de las buenas costumbres es algo más que un "divertimiento". Es una tragedia que únicamente puede hacer reír por su aspecto esperpéntico. Con la misma resignada amargura que uno acepta, en las noches de insomnio, un defecto físico o una limitación de cualquier tipo. Es el reconocimiento de haber sido estafados, manipulados y burlados. Y eso siempre duele, por más que Judy Garland, triunfante, cante finalmente sobre los títulos de crédito "Over the Rainbow".

Domingo 28 de octubre, 18:30 h

Antoni Padrós (II)

Shirley Temple Story

A. Padrós, 1976, digibeta, 208 min